

Viaje al marsupio

(selección)

FEDERICO ABAD

BISECTRICES (PARTE I)

Tu carne eterna
así es el monstruo de la tormenta
tu carne fría
ciega está por la pasión del rayo
he visto brujas sobre escobas surcando el cielo
mujeres atroces
espectros de la tarde muy gris
desafían la luz geométrica, instantánea,
tu carne es densa en el aire fresco
hay un monstruo erecto en la tormenta
el trueno retorcido en las alas de los vencejos
gatos que erizan sus uñas
el vello erizado de tu carne, joven,
sin murmullos, solos en la casa grande,
retumbando viene el furioso latigazo por los corredores del firmamento.

BISECTRICES (PARTE VI)

Tarde de verano, tarde de colores,
aire detenido y calor deshilachado,
niños jugando como perros que trotan y ladran,
buque que me lleve a las islas de Africa.

Filetes eternos de mi carne
sobre mis huesos, perfecta envoltura
si quiero ver mis huesos miraré mis dientes
pero debo ponerme ante el espejo y sus vicisitudes.

Tarde de un verano y de sus ventiladores
esta tarde me dormí y no podía despertar
qué harán los demás yo he leído
cuatro o cinco relatos. He fumado muy poco.

NOCHE DE MESÍAS

Mi intención fue pasar desapercibido,
no obraba en mí el empeño de desconcertar
sino de crear una grata confianza
que a todos les trajese calor navideño.

Me sentí turbado en los comienzos
pero pronto salí al paso con frases amables
y el tiempo y los licores consumaron el resto
de un teatro de guiñol con corazones vivos.

Eran horas de sonrisas y de alegres canciones
distinto todo al mundo de allá en el firmamento.
El hilo del recuerdo se tensaba fuertemente
y perdía algunas hebras por las pupilas hermanas.

En la alta madrugada, mi pasión y la de todos
y el naufragio en la misión que me trajo a este planeta.
Ya ebrios y amorosos, derrotados de abrazos
con la radio perdida entre los setos del jardín nevado.

Mi recuerdo en adelante se deshace en la niebla
flotando sobre el suelo, llevando nuestras danzas.
Penumbra y bienestar, intrépido consuelo
para un cuerpo prestado y oscuro de cansancio.

Luego el amanecer, veinte ojos entreabiertos
y un rostro indescriptible que me hizo sospechar
cómo nos descubrimos, de súbito al mirarnos:
viajeros de galaxias que volvimos a coincidir en Nochebuena.

GUADALQUIVIR

He vestido al río.
Lo he navegado paciando en sus cristales.

He vestido al río.
Me he hundido en su manto y he levantado su lecho con los dedos.

He vestido al río.
Fui a su horizonte y robé su sol poniente
y lo rompí y esparcí sus llamas por el agua.

He vestido al río.
Corrí a su valle y le puse riberas nuevas
paraísos y jardines colgantes que traje de Oriente.

He vestido al río.
He desviado su cauce, lo he hecho discurrir por mi casa y mi cintura.

He vestido al río.
Le he dado una noche infinita para alumbrarlo de estrellas.

RABIA

Tratar de hacer una definición de tu rostro
sería indefectiblemente unirlo a la imagen
que de él tengo después de tres días de tu ausencia.

Tratar de escribir alguna palabra que haga mención a ti
es demorarse por un terreno resbaladizo
perdersé en el pantano de la exigua certeza de volver a encontrarte.

Probar a decir tu nombre: Carmen.
Es un juego bobo cuya aproximación al proceso creativo
se asienta únicamente en el desasosiego que crea en mí tu existencia.

Aguardar que al borde de unos días volveré a tenerte frente a mis ojos
y que me hables de un modo u otro
es una lenta tajada en las venas que no oso saborear.

Sentir que tu existencia está destrozando
el mobiliario que con harta paciencia me ha poblado el corazón
a través de los tiempos más recientes
es apretar los puños con ácida rabia

pero más ácida aún la que me hace sentir
que tu presencia en mi vida
ha acabado antes de comenzar siquiera.

AMIGO DE LAS CALAVERAS

Soy el amigo de las calaveras.
Me vienen a buscar al arrullo de la madrugada
para pedirme que les componga sus cantos de muerte.
No digo nada entonces. Dejo que el piano
sueñe con esos suaves cráneos enmohecidos,
y les cante nanas,
y las acune en la paz de la mecedora.

Las calaveras sueñan arcángeles bellos
porque el alma que un día se les escapó tiene esta imagen.
Las calaveras aman la vida
y sólo quisieran volar y volar,
levantarse por la luz del amanecer y llamarme desde allí.
—¡Amor! ¡Mi amor! —quisieran citarme desde el aire
y yo iría rápido en busca de estos seres únicos.

Así son mis calaveras. No sé qué pensarán de cuanto he dicho
porque a veces se enojan conmigo.
Me arrancan entonces fragmentos de mi carne
y luego los degluyen entre sus tripas de palo blanco.
Así son mis calaveras. Y así el amor que me profesan
y el que yo siento por esta familia desgarrada.
Pongo por testigo a Dios de que las amo
y emplazo a Nuestro Señor para que venga a amarlas
a esta tierra podrida, solos El y Yo.

CONTRA LAS CAPITALES

Unamos nuestras fuerzas para formar un frente
un frente contra las capitales y sus arrecifes
un frente
que anude las arterias de la ciudad. Luchemos
contra los parques
luchemos contra las fuentes públicas y sus surtidores
contra los acordes roncós de las alcantarillas.
Pelemos porque el viento y el aire se alejen de las calles,
la lluvia sólo al campo
y el sol nunca se ponga bajo los ojos del puente. Después
subiremos a arrancar de cuajo las azoteas
no queremos pájaros que las sobrevuelen, no queremos ya
ventanas,
grandes ventanas y ojos para que nos miren.
Se acabó. Digamos todos juntos: se acabó.
Hay ya mucho dolor para que hablemos así,
lágrimas no quedan, sólo la rabia, sólo el azahar
de los naranjos de la noche de la calle entrañable en que se nos va el hilo de la vida minuto por
[minuto y madrugada tras madrugada.

ILEGÍTIMO ENSUEÑO

Inútil va a ser, inútil
luchar contra el diablo que pugna por cerrarlos;
dos ojos, únicamente dos ojos,
invisible todo él y oscura su malicia
puñal fina destreza en arrancar corazones,
acecha sigiloso sobre nuestros cuerpos
los deja inertes, rompe hasta el estertor
y luego te habla
te susurra al oído palabras de muerto.
Imposible tal espera
deshecha en sus principios. Un muñeco
vacío, un vagabundo de arenas,
el imposible desierto y su extensión imposible
se apodera de ti, de toda la persona que en ti hallase
para dejarte después como sendero abandonado
cubierto de musgos y matojos de maleza.
No le reclames
no le pidas aquello que no te corresponde
y déjalo tomarte en su única sentencia. Hecho esto
no habrá frío azul, no habrá ira,
sentirás el abandono exacto
inevitable
del mejor posible amigo, ese que, tal como tú,
va a derrumbarse a tus pies
roto
descosido
fulminado por un tiro que acabó con su vigilia.

LA COSTA PSÍQUICA (PARTE I)

Aquel a quien no nombro, que en mi sombra
se diluye,
nunca supo pasear junto a mi lado
por la orilla pura y calma de tus pensamientos.

Venían por este entonces
sigilosas las olas a mojarnos nuestros pies llenos de luz.
Mis padres,
los padres que habitaban la casa imaginada,
la que nunca construyeron,
pusieron en secreto dos alas en mis manos,
me arrojaron a la brisa para que te buscara.

Y te busqué,
hice por verte entre los argumentos de los libros que viví casi de niño,
y cuando te encontraba
caía la tarde y el cielo se cubría de arboles.
Aquel a quien no nombro
no osaba abrir sus labios,
lo notaba preferir cantar a solas en sus bosques
de algas
de arena, de susurro,
de penumbra.

Tú fuiste en esos días
fuego, párpados inevitables,
el pozo profundo de un mar sin límites;
tú fuiste; ya te digo, y si después
seguí el dibujo suave de tu cuerpo con los dedos
no lo hice por pasión.
Lo hice para ver que, al despertar, fuera posible
que el sueño transmutara los metales de mi paz,
que hundiera aquel oscuro firmamento en mis entrañas.

LA COSTA PSÍQUICA (PARTE II)

Mar puerto
terciopelo;
déjame asombrarme
hechizarme con las sirenas que me han rescatado de este sopor de tarde.
Ahora sólo deseo olvidar vuestra visión
porque el mar me ha exigido hundirme en él para ser suyo
y he aceptado.

Mar puerto
terciopelo;
asómate pronto a las playas de este abril neoceno
quédate y acaso conozcas el imborrable vínculo entre Adso,
Adriano y ese hombre oscuro quemado de olas,
todos juntos como un único animal complejo
ecuánime
caótico
que muge y se desbrava sobre un camposanto de conchas desoladas.

Mar puerto,
terciopelo.
No he de dejar por nada
sólo impedirte que escarbes en mi estuario postrero
alejarte más y más de este flujo y reflujo que está apagando la sed de mis marismas.
Compréndelo: no habrá más latitudes
las doy para el olvido
y, a cambio, las gaviotas,
su rumor
sus acueductos de aire
con qué dicha las veo bordar en sus vuelos paisajes de coronas que cubran mi descanso.

Mar y puerto,
o terciopelo.
Bendita estación que trajo el último abril,
bendita desde la paz de piélago abisal donde habita por fin mi alma dormida.

HOMBRE INTERIOR

A Rafael Balseira

A él ya no lo mira nadie
porque no sale nunca de la casa umbría.
Conversa ahora con los viejos retratos
que encuentra a su paso por las piezas donde vela.

Hace tiempo que las dudas
le doblaron el rostro hacia su adentro
mas sigue buscando una paz imposible,
de quien cree que es mejor que morir en las calles.

Ignoramos la fuerza de que se alimenta.
Sólo guarda ese odio a cuanto le envilece.
Ya no pasa ni frío ni tristeza.
Va errabundo, desnudo de piel y de carne.

Ahora todos lo ignoran. El mundo continúa
y sus pies se ha detenido en la sombra eterna.
Tengo miedo a que quede dormido por siempre
aunque más miedo aún me produce el pensar que despertara.

DESDE AHORA DICIEMBRE

Pareceisme de nuevo una ciudad lánguida
pero sois el norte y el sur de todo cuanto poseo.
Si no os recorro, me pierdo en mis pupilas;
si os beso, me mancho con un barro que se desvanece.

Los senos apaciguados de mis novias os habitan,
por eso busco vuestro perfil de ciudad quieta.
No quiero las voces ni el rudo fragor de los cláxones;
silencio sólo, y cines de otoño para rescatar mi alma.

Perdido en mi infancia, me escondo en vuestros patios.
Dormido me abrazo a vuestras viejas hermosas
que saben de hombres y de niños buenos.

No siento temor a asomarme a la esquina.
Toda rota os hallo, mas no mentéis olvido.
Contadme el otoño. Habladme de él hasta que amanezca.

CONFESIONES DE UN DESCONOCIDO

Ese hombre hurgaba entre los pliegues de la noche
lamiendo la huella de mis pasos para hablarme de ello.
Ese hombre ya no era un ser humano.
No era un hombre. Perdió por voluntad su condición de serlo.

Me halló al fin, absorto como estaba ante la barra de aquel bar
y se acercó hasta mí sin presentarse.
El balbuceo de un Bourbon. Después puso en mis labios
un cigarrillo Lucky, y me dio fuego.

No lo miraba entonces. No lo hice aun más tarde.
Lo escuchaba derramar frenético el vaso de su historia
salmodiándola en ocasiones, eructándola en otras.
Confesiones traídas penosamente del oscuro fondo de su noche.

Ese hombre podría haberlo inventado;
no sentí pena por ello. Lo dejé pasado un rato,
allá en el bar, gimiendo, ahogado en un par de últimas copas
y me volví hacia casa. Qué más daba aquella historia que otra cualquiera.

A primeras horas de la mañana
sonó el teléfono. Aún medio dormido hube de oír el resto del relato.
Pero esta vez los últimos detalles me turbaron.
–Tranquílcese –le dije–. Más tarde me acercaré a verlo.

No conciliaba el sueño.

Pasaban de las siete. Buscaba aquel viejo edificio.
Un chico a tal efecto me condujo hasta su puerta. –Suerte –me deseó,
y descendió todo veloz las escaleras.
Lo creí un tanto avieso. ¿No respondía nadie al timbre?

Finalmente aquel hombre abrió la puerta. Me invitó a pasar. Sirvió dos copas y nos sentamos.
Hablamos, y hablamos más aún cuanto que aquello no encajaba.
Su historia: en nada era la misma.
No sé que pretendía ahora aquel tipo.

Lo miré a los ojos, y se me ocurrió que tal vez no fuera el mismo.
Pensándolo bien –advertí–, nunca hasta entonces había reparado en su rostro.
¿Y su voz? ¿Era su voz la que escuchara anteriormente?
Ese hombre que hurgaba entre los pliegues de la noche era todo un desconocido.

GLOSA DE ENTRETIEMPO

Glosa

meseta de papel, meridiano,
puente sobre el mar de nuestros hechos,
mirador de oriente en verso.

Frase,

generatriz del viento,
cadencia en compasión que nos visita,
ángulo recto de caricias.

Nosotras las palabras

formamos club, nos llamamos al concierto,
conversamos en torno al plano del regreso.

Punto

algoritmo magistral, arquitrabe fácil
del universo,
patio de los naranjos, ágora en silencio,
primavera de palabras, madrugada,
verde silueta asombrada,
estación del jazz, conveniencia;
nosotros, los asuntos, referimos,
y vosotros,
 como veis,
 cruzáis los dedos
esperando tras los párpados mi glosa de entretiempos.

Viaje al marsupio

Diputación de Córdoba, 1990. Col. Polifemo, 28